

La pieza siempre apuntada por el teniente continuó sus disparos, mientras las columnas esperaban órdenes y se oía más vivo el tiroteo allá en el otro lado donde el Coronel Torres se batía y su corneta de órdenes tocaba desesperadamente *atención, parte y rancho*.



La ansiedad había llegado al paroxismo, el terreno accidentado no permitía un orden correcto en las *columnas de compañía* que se habían formado como si se tratase de maniobrar en terreno plano, por lo que era imposible que hubiese entre las fracciones, las *distancias* è intervalos que para este orden de formación previene la táctica.

Así es que Mercado en lo alto del cerro, tras la segunda sección de la segunda compañía, (primera columna.) sofocado y aun mas tras del súbito *alto*, tuvo la idea vaga de lo inconveniente de esta disposición, considerando que el enemigo, en *guerrillas* los podía batir muy ventajosamente.

Los oficiales del Estado Mayor vestidos como paisanos, flotandoles tras el ancho sombrero la cinta roja, atravesaban entre las filas apartando bruscamente á los soldados, llevando órdenes del General en Jefe, quien cerca de la pieza que cada dos minutos hacia fuego, rodeado de *nacionales* y soldados del 5º Regimiento, se instalaba á retaguardia.

—¡Que avance la primera columna!—llegó gritando un ayudante, al Teniente Coronel Gallardo que la mandaba.

La columna se puso en marcha desplegando su primera sección en tiradores y cargando las armas.

El joven se estremeció sintiendo una poderosa impresión de frío.

Y empezaron á bajar lentamente la falda accidentada y cubierta de pinos. La segunda sección esperò en lo alto, para tener la distancia reglamentaria, porque seguían ajustándose abiertamente á los principios de la táctica.

En cuanto á la segunda columna, desplegó sobre la izquierda, mandada por el Teniente Coronel Florencio Villedas. La tercera quedó como reserva y escolta de la pieza, que empezaba al fin á regularizar sus fuegos.

Al frente de esta fuerza, se destacaron á los voluntarios de la cinta roja, quienes cautelosamente y con la carabina preparada, se adelantaron, para explorar el terreno abrupto y boscoso, que mientras mas descendía mas dificultades presentaba. ¡Y era aquella la parte mas practicable!

El *cordon* ó vereda que desciende á Tomochic, no fué ocupado, pues allí harían al enemigo, un buen blanco las fuerzas.

El cerro por donde bajaban era el famoso del "Cordon de Lino."

Los soldados, diseminados, bajaban lentamente, con el oído atento y los ojos muy abiertos, explorando á través de los árboles y las rocas; los oficiales se habian intercalado en la línea de tiradores y avanzaban resueltos; pero muy pálidos.

Ya habían cesado de oír el tiroteo que se escuchaba del otro lado del Valle.

De repente, à poca distancia, claras, y con admirable precisión y con estruendo que á todos hizo estremecer se oyeron precipitadamente algunas detonaciones.

Entonces algunos de los nacionales regresaron corriendo al puesto de la primera sección que se detuvo, repentinamente.

—¡Ay vienen! ¡ay vienen!—gritaban.

Las detonaciones se multiplicaron al frente de la primera sección.

Los soldados de esta, esparcidos en un gran espacio sinuoso tras de los pinos y de los pedruzcos, llevaron las culatas de los fusiles al hombro.

—¡Muy buena puntería y mucha calma! ¡cuidado con desperdiciar el parque!—gritó el capitán Alcérreca.

Empezòse á escuchar á lo lejos un gran murmullo en el que dominaban gritos ininteligibles. Sin embargo, aun no se veía nada y nadie disparaba permaneciendo la sección á la expectativa. Es decir, tomaban la defensiva pasiva en un terreno desconocido para ellos y conocidísimo del enemigo que debía avanzar velozmente sobre ellos. Luego los gritos pudieron al fin distinguirse.

—¡Viva el gran poder de Dios! . . . ¡Viva María Santísima!

Al fin se rompió el fuego al frente, aun sin ver á nadie, sin apuntar, sino hácia allá de donde venía el griterío.

¡Con que aquí vá á ser el combate; como quien dice, en medio del bosque, en la falda de un cerro!—pensó Miguel aterrado, comprendiendo lo grande del peligro y lo difícil de la situación.

Las primeras balas enemigas empezaron á silbar por entre los árboles. El combate principiaba. Preparó su arma, muy pálido y esperando sobresaltado ver al enemigo que se sentía oculto y que contestaba el fuego; sus gritos redoblaban, gritos salvajes que aterrorizaban á la tropa desesperada de no ver al enemigo; sin poder avanzar, ni retroceder; obligados á aceptar el combate en tan desfavorables circunstancias.

A cada momento los gritos se multiplicaban acentuándose más y las balas enemigas con más puntería, tenían silbidos más agudos, empezando á pasar á la altura de los kepís.

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡Viva la Santísima Trinidad! eran las voces y alaridos que las ráfagas llevaban á los soldados, á veces muy distintamente.

Un soldado, herido mortalmente en el pecho, abrió los brazos, dejó caer el *remington* y murmurando dolorosamente un ¡ay Jesus! cayó muerto boca abajo. Era la primera víctima.

Y entonces, un cabo joven que se inclinó para levantarlo, dió un grito, cayendo á su lado, herido en una rodilla.

Primero, los cercanos á este grupo quedaron consternados; pero un grito del teniente Torrea los reanimó y furiosos siguieron haciendo fuego, hácia bajo sin apuntar.

En aquel momento Miguel vió entre la espesura un hombre alto, de gran barba, con blusa blanca y pantalones oscuros; en su sombrero de palma flotaba un pañuelo blanco. Levantó su carabina y gritó desaforadamente, al tiempo que casi sin apuntar hacía fuego.

—Viva el poder de Dios! ¡Mueran los hijos de Lucifer!

—¡A ese!... Allí, allí... cazenlo!—gritó un sargento.

A la derecha de Miguel, un cabo herido en una mano, empezó á quejarse.

Muchos apuntaron hácia el claro en que él de rodillas, estupidamente heroico, hacía fuego y acababa de atravesar con una bala la boca de un corneta, cuyo instrumento, rebotó entre las piedras. Un momento despues, se desplomó aquel valiente, cayendo de costado.

Ya la pólvora de los disparos había enturbiado la at-

mosfera con una nube blanca y espesa y su olor acre y exitante llenaba el espacio donde resonaban desordenadamente las detonaciones, entre los gritos del enemigo que subía el cerro y las voces de mando de los oficiales.

—¡Viva la Santa de Cabora! ¡Muera Lucifer!—y nutridas descargas acompañaban á estas extrañas palabras.

El capitán Molina iba de un lado á otro animando, animando á todos y gritando enronquecido para contestar dignamente:

—¡Viva el supremo Gobierno! ¡Viva la República Mexicana!

—¡Adelante, muchachos! ¡Adelante! ¡Viva el 9º Batallón!

Un momento de ánimo hizo avanzar atrevidamente las secciones; todos se entusiasmaron.

—Sí, sí, adelante para que vean que el 9º nunca pierde!... ¡Viva el General Díaz!

Hubo un momento de calma, los soldados recobrando su sangre fría despues del primer estupor, bajaban agazapados, sudorosos y jadeantes, deteniendose instintivamente ante los grupos de arboles y las altas rocas.

Un soldado que iba á hacer fuego tras de una de ellas, soltó repentinamente su arma, rodando él, completamente ensangrentado. Era que el proyectil enemigo diera con el borde granítico de la piedra, hiriendole en el cráneo, las astillas que hizo saltar.

El fuego enemigo menguó un poco, y al fin, encontraron el primer cadáver tomochítico, con dos anchas heridas en el vientre y la cabeza, la boca entreabierta mostrando fuerte y blanca dentadura; sujetando nerviosamente la carabina.

Sucedió que el relativo alineamiento que al principio llevaban las secciones se perdió por completo en las asperezas del terreno; los soldados ya sin ninguna cohesión, demasiado separados, se hallaron abandonados á sí mismos y en vano algunos oficiales, también atarantados, intentaban ordenar otro avance.

Pero sucedió que á sus espaldas sonaron descargas. Aquello heló de pavor á todos. ¿Qué sucedía?

Los tomaban por la retaguardia. ¿Pero cómo se había verificado aquello? Se encontraron entre dos fuegos y un soldado herido en la espalda cayó muerto.

Hubo un terrible instante de indecisión y algunos intentaron retroceder.

En vano los oficiales se esforzaban conteniendo el principio de la desbandada; pero también á ellos se comunicó el pánico.

—¡No corran, no corran!.....¡Cobardes, á donde van!

—les gritaban.

A su retaguardia el fuego aumentó. Algunos, volviendo la espalda, contestaron; pero Castorena, que venía á todo correr, bajando á saltos, les gritó:

—¡No tiren atrás, no tiren para allá; son los nuestros, es la segunda compañía que no sabe dónde estamos! ¡Que no tiren!

Pero como muy pocos oían sus palabras, perdidas en el estruendo precipitado de las detonaciones y los gritos, nadie atendió y se empezó á tirar en todas direcciones, como si súbita locura hubiérase apoderado de aquellos hombres, combatiendo contra enemigos invisibles en aquella Selva-Montaña que parecía encantada.

Ah! lo que mas angustiaba en aquella difícil situación,

mas que la atroz incertidumbre del enemigo, respecto á su fuerza y número, era la falta de dirección y de órdenes superiores, por lo que la vacilación aumentó; y un verdadero pánico reinó, cuando se oyeron á la espalda aquellas malditas descargas que acabaron con el resto de moral que quedaba!



Miguel estaba aterrado, estupefacto. Creyò volverse loco ante aquel suceso inaudito, inverosímil.

Cada soldado, oyendo silbar las balas en torno suyo y caer compañeros á su lado, disparaba su arma sin saber á donde, creyendo tener el enemigo á su alrededor, en todas partes; y lo peor era que no había ni por donde huir, perdidos como estaban en el fondo de la selva.

En tanto á su frente reaparecía el enemigo y tornaban á alzarse feroces y terribles aquellos extraños gritos de guerra:

—¡Viva el gran poder de Dios! ¡El poder de Dios nos valga!

Un joven, apenas de 18 años, agazapado tras de un árbol, se batía y gritaba también furioso y heróico:

—¡Viva el 9º Batallón! ¡A nosotros que nos valga nuestra Señora de Guadalupe!

El enemigo oculto perfectamente tras de los árboles prosiguió avanzando de árbol en árbol y de roca en roca, saltando con una agilidad prodigiosa, precipitándose como tigres en medio de la granizada que tronchaba las ramas y hacía saltar en astillas las piedras.

Ya se empezaba á ver al enemigo, hombres altos y melencidos, de pantalones remangados y blusas blancas cruzadas por cananas, y sombreros de paja con lienzos blancos.

Se les descubría al frente, saltando de un lado á otro; á veces solo se veían asomar entre el ramage los cañones de acero de las carabinas que envolvían el árbol en una nube de pólvora.

Aquel heróico soldadito de 18 años, apuntò á un hombre que á unos 8 pasos de él hacía fuego; pero éste de un gran salto quedó á su frente y allí á boca de jarro le disparó en el pecho la carabina. Cayó el soldado de espaldas y en ese instante una bala rompiendo la rodilla de su enemigo le hizo caer á su lado; inmediatamente se incorporó este, preparando su arma; pero al ver que el moribundo, haciendo el último esfuerzo le apuntaba aún vagamente si poder tirar del llamador, le apuntó á su vez, descargando de nuevo sobre él su carabina en el instante en que el otro lograba disparar también su fusil.

Los dos valientes quedaron muertos instantáneamente, uno al lado del otro.

Si hubiesen entonces seguido el movimiento de avance, los combates cuerpo a cuerpo hubieran seguido, con ventaja de los federales; pero ya la desorganización era completa.

Las tres secciones de la primera columna estaban mezcladas y ocupando un gran espacio, por lo que no escuchaban las órdenes, sino unos caantos.

Era imposible verdaderamente seguir adelante en aquel desórden, aunque se conocía que el enemigo, escasísimo en número podía ser arroyado, si se intentase un empuje; pero el desaliento y el cansancio eran inmensos, y sobre todo hacían fuego sobre ellos á su retaguardia, silbando las balas en todas direcciones.

En el momento en que el capitán, jadeante de fatiga,

con el rostro enrojecido; con voz apenas inteligible por la cólera gritaba dando órdenes, un sargento le comunicó muy conmovido, que el teniente Pablo Yopez que mandaba la primera sección, estaba herido de muerte.

Casi al mismo tiempo se retiraba del combate el subteniente Delgadillo, con una pierna atravesada por una bala.

Castorena enfurecido, corría de un lado á otro, haciendo volver á su puesto á los que lo abandonaban multiplicándose en medio del desórden, sublime verdaderamente en la ira noble que manifestaba.

—¡Pero con una caramba, que no nos sigan tirando aquellos brutos!

—Oh! nos estamos fusilando nosotros mismos! ¡Qué sucede pues!—le contestó Miguel admirado de aquel valor que no le suponía. Y era, en efecto, que aquello se convertía en una catástrofe espantosa.

El fuego á retaguardia aumentó y como caían heridos y cadáveres y como no se obedecía á nada ni á nadie, se hizo sentir un terror pánico.

Los soldados en dispersión principiaron á huir arrojando las maletas.

¡Era el sálvese el que pueda!

La consternación de la derrota contagiando á los más animosos, hizo retroceder á toda carrera y sin rumbo fijo á los soldados, que se reunían temblando y azorados, en los sitios mas lejanos del cruce de las balas.

Miguel en aquel instante crítico sintió un arranque de suprema indignación y suprema cólera.—Ah! con que así se perdían las batallas y era la explicación de las hecatombes! ¡No era esa la guerra con que había soñado al leer la historia de las grandes campañas históricas!

Tuvo al fin que retroceder, él también, contaminado por el temor, en tanto que allá en lo alto, la sección que les hacía fuego se retiraba en desorden, suspendiéndolo.

Castorena, de pié sobre una roca, sin kepí, agotados sus cien cartuchos disparados pródigamente, blandiendo feroz su carabina, loco, amenazaba *romperles el alma* á los que corrían, los que no le hacían caso, pérdida toda moral y disciplina en el vértigo de la derrota.

—¡No corran, no corran,! ¡Media vuelta y á ellos! ¡Viva el noveno!

Miguel, enternecido y avergonzado, pasó junto á él abrigándose tras de la peña que le servía de pedestal, tratando de convencerlo de su inútil temeridad. El no le hizo caso y llorando de rabia:

—Vengan, vengan acá, en campo raso, cobardes!—repetía, completamente ronco.

El capitán Molina había logrado reunir entre los que retrocedían, algunos valientes que formaban tras compacto grupo de arbustos, un núcleo de defensa, una fortaleza heroica que acogía á los que quisiesen resistir.

—Eh! Castorena, Mercado, por aquí, *agáchense, agáchense!*—les gritó.

Los dos, uno tras otro, con la carabina en la mano, corriendo de abrigo en abrigo, remontaron el cerro, oyendo los gritos salvajes de ¡Viva Nuestro Señor Jesucristo! ¡Viva María Santísima!

En el improvisado reducto en que se defendía aquel pelotón de soldados, se hacía con ventaja muy dura resistencia; cerca de él había tres cadáveres de *tomoches*.

Por entre las piedras y rocas amontonadas naturalmente entre los troncos de los pinos que se elevaban recta-

mente hacía el cielo, se veían los kepís y las puntas de las bayonetas, que centelleaban á los rayos del sol que penetraba á través del alto ramaje, cuyas hojas descendían despedazadas por las balas enemigas.

Al fin lograron llegar y Miguel, extenuado, se echó en el suelo decidido á que lo mataran allí, pero descansando un poco.

Sentía un calor de infierno y sudaba á chorros. Hubiera dado su porvenir en ese instante por un trago de agua.

Eran las once del día.

Allí arrodillados, ó *pecho á tierra*, quince ó veinte soldados, cuatro oficiales y el capitán hacían fuego, cazando á los enemigos que podían ver; pero estos ó habían retrocedido ó cargaban sobre la 2ª columna que debía estar á un costado, pues hacía ese rumbo el traqueteo de las detonaciones redoblaba.

Un grupo de hombres de la segunda columna, pasó á lo lejos huyendo entre los árboles; un oficial á la cabeza gritaba en el estruendo decreciente de las descargas:

—¡Viva el once fino!... ¡viva el once fino!

—¿A donde va Vd. compañero?—le gritó el capitán, corriendo para ir á cortarle el paso.

—Señor, á tomar mejor posición posible á retaguardia, porque....

—Vaya Vd. á su puesto inmediatamente!

El oficial, avergonzado, regresó lentamente, agazapándose entre los árboles.

Era el que en la mañana se lamentaba de *quedarse sin tajada!*

La segunda columna que quedó á retaguardia de la primera avanzó tomando la izquierda de ésta, dejando entre

ambas un intervalo considerable, recibiendo orden de desplegar en tiradores *unicamente* su primera sección; sus otras dos secciones permanecieron en lo alto, mientras aquella adelantaba sus alas para proteger un ataque de flanco.

Y en efecto, mientras la primera columna era asaltada de frente, la segunda lo fué por la izquierda.

Los mismos accidentes del terreno, la misma naturaleza salvaje y abrupta dió á este combate el mismo aspecto del que se libraba á la derecha.

Aquellos valientes montañeses lanzaban sus gritos terribles y con certeza prodigiosa repartían la muerte.

—¡Mueran los pelones! (1) ¡Viva María Santísima!—también gritaban por aquel lado.

Las dos columnas paralelamente debían descender por el cerro y desde la base de este dirigirse á tomar las primeras casas del cerro, llevando como reserva la tercera columna, protegidos todos por la pieza.

Los tenientes coroneles que mandaban cada una de estas, daban ordenes á retaguardia de ellas, recibiendo á su vez, del General en Jefe por conducto de los *nacionales*.

Pero el intervalo entre las dos primeras columnas fué demasiado grande, por lo que sucedió que un pelotón de audaces tomochitecos logró intercalarse en el intervalo haciendo fuego sobre sus flancos y tomando en parte la retaguardia de la sección desplegada que al verse batida por tres fuegos, desesperada contestó en la angustia de su situación en el bosque, haciendo fuego á todos lados.

Las secciones de retaguardia sintiendo llegar á través

(1) Así suelen llamar en los pueblos de la Sierra de Chihuahua á los soldados federales.

de la espesura, un huracán silbante de balas, desplegaron en desorden y en desorden dispararon hácia abajo aniquilando las secciones del frente.

¡Aquello fué el caos de la muerte, el momento de la desesperación infinita! Ni una voz de mando que se escuchara, nadie que se comprendiese.

Había heridos en la espalda, muertos con las sienas atravesadas, cadáveres con las frentes hechas pedazos.

La confusión era espantosa, la pólvora cegaba por completo y los hombres rodaban entre las piedras; mientras los enemigos, sin llevar las carabinas al hombro, sino colocándolas bajo el brazo rápidamente descargaban.

Mandaba la primera sección de esta columna, el capitán 2º Emilio Servín, joven delgado, de rostro huesoso, bigotito castaño y ojos pequeños y brillantes, sumamente bilioso y colérico.

Al ver aquel gran desorden y á su gente corriendo en todas direcciones, sin saber á punto fijo por donde estaba el verdadero enemigo, lleno de rabia renegando y golpeando con su carabina á los que huían, estaba furiosísimo.

¡Entren cobardes! . . . Viva el Gobierno! . . . ¡No corran ca . . . nallas!—vociferaba, rojo de colera y con los ojos saliéndose de las orbitas.

—Siganme, no sean cobardes,—y sin reflexionar, impulsado por una rabia inaudita, saltó temerariamente por entre los matorrales, llegó á un gran claro que se hacía en el monte y allí, á descubierto, soberbio, hizo fuego sobre uno de dos enemigos que saltaban hácia lo alto.

No tuvo éxito y cayó atravesado de una bala en el pecho, y como al pasar junto á él, aun moribundo, les lanzara una blasfemia, le dispararon otro tiro que le atravesó

una pierna.

¡Rara coincidencia! Domingo Alcérreca, capitán 2º de la primera columna, impulsado por el huracán de dispersión que en ese momento también soplaba sobre ella, había llegado al mismo punto y allí junto á su infortunado compañero cayó atravesado el cráneo por tres proyectiles.

También los Tenientes Coroneles de las columnas, Gallardo y Villedas eran casi al mismo tiempo y en diferentes puntos, el uno atacado ferozmente de cerca y salvado por su asistente y el otro herido en la cabeza, cerca de la frente.

La dispersión fué inevitable y fatal, cada uno escapaba por donde podía, sin rumbo fijo, sin dirección alguna, saltando por entre los cadáveres y abandonando los heridos, que retorcián los brazos, incorporándose desesperados en las más lamentables posturas.

El campo erizado de rocas enormes, poblado de altos pinos, quedó regado de armas, cadáveres, heridos y maletas.

Un guión tirado cerca del cabo que lo portaba, semejava con su lienzo rojo, un gran charco de sangre escarlata, que hacía aun más pálido el rostro del cadáver que yacía á su lado, con la boca abierta y los ojos mirando inmóviles el cielo.

Cesó el estruendo de las descargas; solamente uno que otro tiro que repercutían los ecos de la sierra ó la detonación tremenda del cañón que aun vomitaba proyectiles sobre el pueblo, se escucharon.

Había terminado el combate.